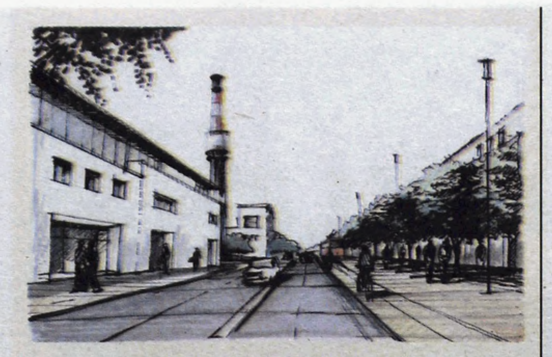
m2
SUPLEMENTO DE VIVIENDA DE PAGINA/12
AÑO 4. Nº 168
SABADO 20 DE ABRIL DE 2002



BERNARDINO AVILA

cápsula

la iglesia de Santa Felicitas, en plena restauración, es un artefacto intacto de 1876



Ideas para el sur

El lunes se entregó el premio en el anteproyecto de ideas para renovar Mataderos y Lugano. Y esta semana se planea empezar con las reuniones con los vecinos para definir los cambios en la era posterior al Mercado de Hacienda.

La Corporación del Sur entregó el lunes pasado los premios de su Concurso de Ideas Urbanísticas para Mataderos y Lugano, y esta semana el equipo ganador planea reunirse con los vecinos de los barrios afectados para discutir sus ideas y recibir sugerencias.

El anteproyecto ganador estuvo a cargo de los arquitectos Roberto Germani, Evohé Germani, Horacio Morano e Inés Rubio, todos graduados de la Universidad Nacional de La Plata. Su idea central fue convertir el área en un espacio verde interconectado que forme una secuencia de parques públicos y privados: plaza de Mataderos, parque Roemmers, parque Alberdi, plaza del Resero, plaza de los Artesanos, parque Ferial, parque de las Provincias, parque del barrio Los Perales, Club Nueva Chicago, parque del Centro Médico, todo estructurado por la avenida Eva Perón y la avenida Lisandro de la Torre/Scarpino, donde antes estaban las vías del ferrocarril Sarmiento, que tendrá espacios verdes, bicisenda, premetro y circulación vehicular.

Para Arnaldo Bocco, presidente de la Corporación Buenos Aires Sur, "esta experiencia puede ser revolucionaria para revalorizar una zona deprimida de la Ciudad. Este proyecto será la directriz a la que deberá consultar el estado en cada proceso de implementación de políticas públicas en el área". La idea se completa con la transformación del espacio del Mercado de Hacienda en lugares de equipamiento y esparcimiento, la construcción de un gran centro para el Mercosur, sector industrial y proyectos inmobiliarios sobre la calle Murgiondo.

El proyecto de revitalización de estas zonas contemplan una inversión total de 107 millones de pesos, de la que una cuarta parte aproximadamente será pública y el resto privada. La propuesta premiada contempla la preservación de las estructuras con valor patrimonial del viejo mercado y busca "no restringir o condicionar el movimiento de los vecinos, sino surgir de las necesidades de la comunidad." De ahí que esta misma semana esté programada una reunión con los vecinos.





Cápsula de

POR SERGIO KIERNAN

Acaba de terminar otra etapa de restauración
Felicitas, la única que es propiedad de la ciuda
de los vitrales puestos en valor destacan un e
alterado y que conserva hasta su instalación d

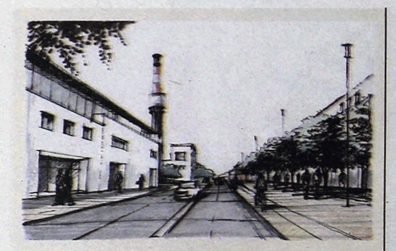
Es una cápsula del tiempo, un edificio de 1876 casi intocado, con su instalación de gas de iluminación en su lugar, con sus pinturas originales, con su órgano y vitrales. Y, sobre todo, con un diseño compacto apenas alterado en 126 años: la iglesia de Santa Felicitas fue inaugurada perfecta y totalmente terminada, "cerrada", y no muestra las acreciones de modas y manías de otros edificios contemporáneos que llegaron a nosotros. Hasta hace muy poco, el tempo de la calle Isabel la Católica y Pinzón, en Barracas, daba pena. Roto, abandonado, con sus rosetones vaciados a pedradas y sus vitrales sucios, el templo se llenaba de agua con las tormentas, de hojas con los vientos y gatos con el frío. El desastre todavía se ve en los laterales, desconchados de revoques y con las mismas juntas de sus ladrillos erosionados. Sólo la fachada y la cúpula principal muestran una mano restauradora que no pudo llegar a tiempo para evitar el deterioro de parte de los frescos que cubren íntegramente el interior.

Santa Felicitas tiene una historia peculiar que la deja en un raro limbo. Por un siglo fue una iglesia privada que se habría al público sólo para alguna que otra misa y que no aceptaba bautismos ni casamientos. En 1981 pasó a ser propiedad de la ciudad, por donación, y es el único templo mayor –a diferencia de las capillas u oratorios privados– que no pertenece a una parroquia y en última instancia a la iglesia. Este status único explica su falta de cambios.

Por ejemplo, las cuatro importantes arañas caireleras de metal dorado nunca fueron convertidas del gas carburo a la electricidad. Apenas unos cables improvisadamente tendidos a la vista alimentan unas lamparitas desnudas de gas, colgadas al medio de sus ruedas. Las arañas siguen mostrando su multitud de piquitos dorados, que en su tiempo ardían con llamas azules descubiertas. En las pilastras principales de la nave estrecha se ven apliques evidentemente transformados de gas a electricidad con un expediente simple: la vieja cañería de bronce –que evidentemente fue un agregado posterior, ya que es exterior– recibió un cable. Por todo el templo todavía asoman en rincones y pasillos lámparas de gas sin alterar.

Buena parte del equipamient
del edificio es también original
nunca fue alterado: pisos, escalera
internas de madera, varios picapor
tes, mobiliario e imágenes sigue
en su sitio en mejor o peor estad
de conservación. De hecho, la gra
novedad en Santa Felicitas es l
bomba de aire que impulsa ahor
al órgano, reemplazando el viejísi
mo motor eléctrico escondido e
una torre. El sistema original d
contrapesos que permitía el sudo
roso bombeo en 1876 fue rescata
do: nadie lo había sacado.

La iglesia fue construida por
arquitecto Ernesto Bunge y es u
impecable ejemplo de lo que esta
ba de moda. Ecléctica, mezcla
románico y el gótico con elemen
tos puramente clásicos, como l
pequeña y grácil loggia que form
la transición del hall de entrada
la nave. El edificio es curiosamen
te elongado y estrecho. En la nav
principal se acomoda una sola fil
central de bancos, con otros de al
tos respaldos góticos adosados a l
pared haciendo juego con los pe



Ideas para el sur

El lunes se entregó el premio en el anteproyecto de ideas para renovar Mataderos y Lugano. Y esta semana se planea empezar con las reuniones con los vecinos para definir los cambios en la era posterior al Mercado de Hacienda.

La Corporación del Sur entregó el lunes pasado los premios de su Concurso de Ideas Urbanísticas para Mataderos y Lugano, y esta semana el equipo ganador planea reunirse con los vecinos de los barrios afectados para discutir sus ideas y recibir sugerencias.

El anteproyecto ganador estuvo a cargo de los arquitectos Roberto Germani, Evohé Germani, Horacio Morano e Inés Rubio, todos graduados de la Universidad Nacional de La Plata. Su idea central fue convertir el área en un espacio verde interconectado que forme una secuencia de parques públicos y privados: plaza de Mataderos, parque Roemmers, parque Alberdi, plaza del Resero, plaza de los Artesanos, parque Ferial, parque de las Provincias, parque del barrio Los Perales, Club Nueva Chicago, parque del Centro Médico, todo estructurado por la avenida Eva Perón y la avenida Lisandro de la Torre/Scarpino, donde antes estaban las vías del ferrocarril Sarmiento, que tendrá espacios verdes, bicisenda, premetro y circulación vehicular.

Para Arnaldo Bocco, presidente de la Corporación Buenos Aires Sur, "esta experiencia puede ser revolucionaria para revalorizar una zona deprimida de la Ciudad. Este proyecto será la directriz a la que deberá consultar el estado en cada proceso de implementación de políticas públicas en el área". La idea se completa con la transformación del espacio del Mercado de Hacienda en lugares de equipamiento y esparcimiento, la construcción de un gran centro para el Mercosur, sector industrial y proyectos inmobiliarios sobre la calle Murgiondo.

El proyecto de revitalización de estas zonas contemplan una inversión total de 107 millones de pesos, de la que una cuarta parte aproximadamente será pública y el resto privada. La propuesta premiada contempla la preservación de las estructuras con valor patrimonial del viejo mercado y busca "no restringir o condicionar el movimiento de los vecinos, sino surgir de las necesidades de la comunidad." De ahí que esta misma semana esté programada una reunión con los vecinos.







BERNARDINO AVILA

SANTA FELICITAS EN TODO SU ESPLENDOR Y SU DETERIORO. A LA IZQUIERDA, UNA VISTA DE LA NAVE PRINCIPAL, CON LOS VITRALES RESTAURADOS EN EL MURO DERECHO Y TODO SU MOBILIARIO ORIGINAL INTACTO. LAS AIROSAS ARAÑAS TODAVIA TIENEN SU INSTALACION DE GAS Y APENAS UNA IMPROVISADA LAMPARA MAL COLGADA MUESTRA LA LLEGADA DE LA ELECTRICIDAD. LA FOTO DE ARRIBA ILUSTRA LA EROSION DE LOS SECTORES SIN RESTAURAR. LA CUPULA Y LA FACHADA FUERON CONSOLIDADAS, LO QUE DETUVO LA DESTRUCCION DE LOS FRESCOS INTERIORES. A LA DERECHA, LA ESCULTURA DE FELICITAS GUERRERO DE ALZAGA, MUERTA POR UN AMANTE DESPECHADO, CON SU HIJO. LA TAPA MUESTRA EL ORGANO ALEMAN DE 1873, RECIEN REPARADO, QUE TIENE HASTA SU PINTURA ORIGINAL.



Cápsula del tiempo

POR SERGIO KIERNAN

Acaba de terminar otra etapa de restauración en la iglesia de Santa Felicitas, la única que es propiedad de la ciudad. El órgano y parte de los vitrales puestos en valor destacan un edificio que nunca fue alterado y que conserva hasta su instalación de gas para iluminación.

Es una cápsula del tiempo, un edificio de 1876 casi intocado, con su instalación de gas de iluminación en su lugar, con sus pinturas originales, con su órgano y vitrales. Y, sobre todo, con un diseño compacto apenas alterado en 126 años: la iglesia de Santa Felicitas fue inaugurada perfecta y totalmente terminada, "cerrada", y no muestra las acreciones de modas y manías de otros edificios contemporáneos que llegaron a nosotros. Hasta hace muy poco, el tempo de la calle Isabel la Católica y Pinzón, en Barracas, daba pena. Roto, abandonado, con sus rosetones vaciados a pedradas y sus vitrales sucios, el templo se llenaba de agua con las tormentas, de hojas con los vientos y gatos con el frío. El desastre todavía se ve en los laterales, desconchados de revoques y con las mismas juntas de sus ladrillos erosionados. Sólo la fachada y la cúpula principal muestran una mano restauradora que no pudo llegar a tiempo para evitar el deterioro de parte de los frescos que cubren íntegramente el interior.

Santa Felicitas tiene una historia peculiar que la deja en un raro limbo. Por un siglo fue una iglesia privada que se habría al público sólo para alguna que otra misa y que no aceptaba bautismos ni casamientos. En 1981 pasó a ser propiedad de la ciudad, por donación, y es el único templo mayor –a diferencia de las capillas u oratorios privados– que no pertenece a una parroquia y en última instancia a la iglesia. Este status único explica su falta de cambios.

Por ejemplo, las cuatro importantes arañas caireleras de metal dorado nunca fueron convertidas del gas carburo a la electricidad. Apenas unos cables improvisadamente tendidos a la vista alimentan unas lamparitas desnudas de gas, colgadas al medio de sus ruedas. Las arañas siguen mostrando su multitud de piquitos dorados, que en su tiempo ardían con llamas azules descubiertas. En las pilastras principales de la nave estrecha se ven apliques evidentemente transformados de gas a electricidad con un expediente simple: la vieja cañería de bronce –que evidentemente fue un agregado posterior, ya que es exterior– recibió un cable. Por todo el templo todavía asoman en rincones y pasillos lámparas de gas sin alterar.

Buena parte del equipamiento del edificio es también original y nunca fue alterado: pisos, escaleras internas de madera, varios picaportes, mobiliario e imágenes siguen en su sitio en mejor o peor estado de conservación. De hecho, la gran novedad en Santa Felicitas es la bomba de aire que impulsa ahora al órgano, reemplazando el viejísimo motor eléctrico escondido en una torre. El sistema original de contrapesos que permitía el sudoroso bombeo en 1876 fue rescatado: nadie lo había sacado.

La iglesia fue construida por el arquitecto Ernesto Bunge y es un impecable ejemplo de lo que estaba de moda. Ecléctica, mezcla el románico y el gótico con elementos puramente clásicos, como la pequeña y grácil loggia que forma la transición del hall de entrada a la nave. El edificio es curiosamente elongado y estrecho. En la nave principal se acomoda una sola fila central de bancos, con otros de altos respaldos góticos adosados a la pared haciendo juego con los pequeños confesionarios. Canónicamente, se abren dos ábsides con capillas laterales, de escasa profundidad, y tras el altar mayor se oculta una puerta que lleva a una sacristía con forma de pasillo y, prolongando todavía más el conjunto, a una capilla menor.

La decoración interior es una furia colorida, según la moda del momento. Los pisos son mosaicos verdaderos de pequeñas baldosas hidráulicas, tecnología todavía novedosa. Cada centímetro de pared está cubierta de frescos, con un predominio del azul y el oro, y una abundancia de dameros en contrapunto de paño en paño. El abandono del templo, que por una década estuvo dejado de toda atención, ayudó a las filtraciones masivas, que ya fueron detenidas, pero cuyas marcan arruinan las pinturas.

La etapa actual de restauración de la cápsula del tiempo se concentró en dos elementos, el órgano y los vitrales del lado derecho. El órgano es el Walcker 285, construido en 1873 en Ludwigsburg, Alemania, de 14 registros y 783 tubos de metal y madera, similar al de la catedral porteña y al de la de Magdalena. Lo que se encontraron los organeros Carlos Amadini, Juan Weinhold y Hernán Amadini, discípulos de Marcos Azurmendi que encararon la restauración, fue un siglo largo de mugre. "Este órgano nunca fue mantenido", explica Carlos Amadini, que agrega que el daño mayor ocurrió en los años en que la iglesia estuvo cerrada y en la obra de restauración del volumen anterior, que incluye las torres, la fachada y el espacio que ocupa el instrumento.

Por años y años, el rosetón frontal no tuvo vidrios. Y ese rosetón da directamente en las entrañas del órgano, por lo que cada tormenta empapaba mecanismos. El ir y venir de gatos acabó en varillajes quebrados. Con el rosetón cerrado con vidrios transparentes –a la espera de una restauración de sus colores perdidos–, los tres organeros desarmaron la máquina, la limpiaron con infinita paciencia, la afinaron y probaron. Mercedes de las Carreras y Marina von der Heyde se encargaron de su catedralicia caja exterior, gris y sucia. Las restauradoras descubrieron que, como todo en esta cápsula del tiempo, el órgano nunca fue pintado. Con un paciente trabajo de lavado, la cobertura exterior recuperó su color marfil con detalle en oro de hoja. La pintura que se ve hoy es la de 1873, anterior a las bases sintéticas.

Los vitrales de Santa Felicitas no fueron vandalizados, pero mostraban su edad. Vidrierías neorrenacentistas pero encajadas en aberturas a la románica, nadie sabe a ciencia cierta su origen, aunque se calcula que son francesas. Cada ventana fue retirada y llevada al taller de los restauradores para su consolidación y para una profunda limpieza que les devolvió el brillo a los colores. Como sólo se repararon los del lado derecho, es perfectamente comparable la diferencia de los restaurados con los que esperan la próxima etapa de trabajo, notoriamente deslucidos. Cada ventanal consta de nueve paños, de los cuales sólo los dos inferiores son de abrir. Cada pieza reemplazada fue catalogada y quedará resguardada en la misma iglesia. Los vitrales del altar, en mejor estado por su lejanía del exterior, fueron reparados en el lugar.



Es el exterior del templo, justamente, donde se ve el mayor deterioro. Las fachadas laterales muestran serios síntomas de erosión y buena parte del revoque sobreviviente se cae al menor toque. Molduras rotas, esculturas maltradas, el pavimento del contorno y el amplio jardín, con sus palmeras imperiales, esperan que les toque el turno. Al fondo, pegado a un colegio apenas más joven que la iglesia, se alza toda una curiosidad: una gruta artificial dedicada a la Señora de Lourdes, toda una moda de fines del siglo XIX de la que quedan contados ejemplos en la ciudad. Anegada y sucia, la gruta también espera reparaciones.

Es lo menos que se merece esta máquina del tiempo que tiene una historia curiosa y trágica. Los terrenos donde se alza Santa Felicitas eran parte de la quinta de la familia Alzaga, cuyo casco estaba en lo que hoy es la plaza Colombia y su frente sobre la calle larga de Barracas, hoy Montes de Oca. La capilla que cierra el largo conjunto de la iglesia era originalmente el oratorio de la quinta. En la década del 1870, Felicitas Guerrero de Alzaga, una de las jóvenes más lindas de la sociedad porteña, terminó su breve y poco feliz vida. Veinteañera, ya era viuda y había perdido un hijo pequeño. Pasado el luto, anunció su compromiso con uno de sus muchos pretendientes. Pero otro enamorado, Enrique Ocampo, acudió desesperado a rogar a la muchacha que cambiara de opinión. Despechado, la mató de dos balazos y se suicidó en plena quinta. La familia erigió la iglesia en su memoria y en nombre de su santa.

Por eso fue privada por tanto tiempo. Y por eso lo primero que se ve al entrar es una escultura de la joven, tristemente velando por su hijo. ■





BERNARDINO AVILA



SANTA FELICITAS EN TODO SU ESPLENDOR Y SU DETERIORO. A LA IZQUIERDA, UNA VISTA DE LA NAVE PRINCIPAL, CON LOS VITRALES RESTAURADOS EN EL MURO DERECHO Y TODO SU MOBILIARIO ORIGINAL INTACTO. LAS AIROSAS ARAÑAS TODAVIA TIENEN SU INSTALACION DE GAS Y APENAS UNA IMPROVISADA LAMPARA MAL COLGADA MUESTRA LA LLEGADA DE LA ELECTRICIDAD. LA FOTO DE ARRIBA ILUSTRA LA EROSION DE LOS SECTORES SIN RESTAURAR. LA CUPULA Y LA FACHADA FUERON CONSOLIDADAS, LO QUE DETUVO LA DESTRUCCION DE LOS FRESCOS INTERIORES. A LA DERECHA, LA ESCULTURA DE FELICITAS GUERRERO DE ALZAGA, MUERTA POR UN AMANTE DESPECHADO, CON SU HIJO. LA TAPA MUESTRA EL ORGANO ALEMAN DE 1873, RECIEN REPARADO, QUE TIENE HASTA SU PINTURA ORIGINAL.

l tiempo

n la iglesia de Santa d. El órgano y parte ificio que nunca fue e gas para iluminación.

queños confesionarios. Canónicamente, se abren dos ábsides con capillas laterales, de escasa profundidad, y tras el altar mayor se oculta una puerta que lleva a una sacristía con forma de pasillo y, prolongando todavía más el conjunto, a una capilla menor.

La decoración interior es una furia colorida, según la moda del momento. Los pisos son mosaicos verdaderos de pequeñas baldosas hidráulicas, tecnología todavía novedosa. Cada centímetro de pared está cubierta de frescos, con un predominio del azul y el oro, y una abundancia de dameros en contrapunto de paño en paño. El abandono del templo, que por una década estuvo dejado de toda atención, ayudó a las filtraciones masivas, que ya fueron detenidas, pero cuyas marcan arruinan las pinturas.

La etapa actual de restauración de la cápsula del tiempo se concentró en dos elementos, el órgano y los vitrales del lado derecho. El órgano es elWalcker 285, construido en 1873 en Ludwigsburg, Alemania, de 14 registros y 783 tubos de metal y madera, similar al de la catedral porteña y al de la de Magdalena. Lo que se encontraron los organeros Carlos Amadini, Juan Weinhold y Hernán Amadini, discípulos de Marcos Azurmendi que encararon la restauración, fue un siglo largo de mugre. "Este órgano nunca fue mantenido", explica Carlos Amadini, que agrega que el daño mayor ocurrió en los años en que la iglesia estuvo cerrada y en la obra de restauración del volumen anterior, que incluye las torres, la fachada y el espacio que ocupa el instrumento.

Por años y años, el rosetón frontal no tuvo vidrios. Y ese rosetón da directamente en las entrañas del órgano, por lo que cada tormenta empapaba mecanismos. El ir y venir de gatos acabó en varillajes quebrados. Con el rosetón cerrado con vidrios transparentes –a la espera de una restauración de sus colores perdidos–, los tres organeros desarmaron la máquina, la limpiaron con infinita paciencia, la afinaron y probaron. Mercedes de las Carreras y Marina von der Heyde se encargaron de su catedralicia caja exterior, gris y sucia. Las restauradoras descubrieron que, como todo en esta cápsula del tiempo, el órgano nunca fue pintado. Con un paciente trabajo de lavado, la cobertura exterior recuperó su color marfil con detalle en oro de hoja. La pintura que se ve hoy es la de 1873, anterior a las bases sintéticas.

Los vitrales de Santa Felicitas no fueron vandalizados, pero mostraban su edad. Vidrierías neorrenacentistas pero encajadas en aberturas a la románica, nadie sabe a ciencia cierta su origen, aunque se calcula que son francesas. Cada ventana fue retirada y llevada al taller de los restauradores para su consolidación y para una profunda limpieza que les devolvió el brillo a los colores. Como sólo se repararon los del lado derecho, es perfectamente comparable la diferencia de los restaurados con los que esperan la próxima etapa de trabajo, notoriamente deslucidos. Cada ventanal consta de nueve paños, de los cuales sólo los dos inferiores son de abrir. Cada pieza reemplazada fue catalogada y quedará resguardada en la misma iglesia. Los vitrales del altar, en mejor estado por su lejanía del exterior, fueron reparados en el lugar.

Es el exterior del templo, justamente, donde se ve el mayor deterioro. Las fachadas laterales muestran serios síntomas de erosión y buena parte del revoque sobreviviente se cae al menor toque. Molduras rotas, esculturas maltradas, el pavimento del contorno y el amplio jardín, con sus palmeras imperiales, esperan que les toque el turno. Al fondo, pegado a un colegio apenas más joven que la iglesia, se alza toda una curiosidad: una gruta artificial dedicada a la Señora de Lourdes, toda una moda de fines del siglo XIX de la que quedan contados ejemplos en la ciudad. Anegada y sucia, la gruta también espera reparaciones.



Es lo menos que se merece esta máquina del tiempo que tiene una historia curiosa y trágica. Los terrenos donde se alza Santa Felicitas eran parte de la quinta de la familia Alzaga, cuyo casco estaba en lo que hoy es la plaza Colombia y su frente sobre la calle larga de Barracas, hoy Montes de Oca. La capilla que cierra el largo conjunto de la iglesia era originalmente el oratorio de la quinta. En la década del 1870, Felicitas Guerrero de Alzaga, una de las jóvenes más lindas de la sociedad porteña, terminó su breve y poco feliz vida. Veinteañera, ya era viuda y había perdido un hijo pequeño. Pasado el luto, anunció su compromiso con uno de sus muchos pretendientes. Pero otro enamorado, Enrique Ocampo, acudió desesperado a rogar a la muchacha que cambiara de opinión. Despechado, la mató de dos balazos y se suicidó en plena quinta. La familia erigió la iglesia en su memoria y en nombre de su santa.

Por eso fue privada por tanto tiempo. Y por eso lo primero que se ve al entrar es una escultura de la joven, tristemente velando por su hijo. ■



Rescates

Panza Verde es una línea de mantas, alfombras y caminos tejidos en telar con lana de oveja hilada y teñida a mano. Detrás de los productos, la historia de dos hermanas preservando una tradición familiar.





POR LUJAN CAMBARIERE

Una, Josefina, es abogada. La otra, Sofía, es fonoaudióloga. Y ambas son apasionadas por el rescate de los textiles artesanales de su pago viejo de Colón, Entre Ríos. Todo empezó para ellas con un conjunto de piezas únicas tejidas en telar, de lana de oveja hilada a mano en colores o tintes naturales, que durante años pasaron de generación en generación. Una técnica que ya hace tiempo se encuentra en peligro de extinción.

"La historia de nuestros textiles se inicia en Europa hace varios siglos. Y continúa con la colonia franco-suiza San José, que se asienta en la Argentina alrededor de 1857", cuenta Sofía. Allí, mientras los hombres venían a trabajaban la tierra americana, las mujeres cardaban, hilaban y tejían la lana para un sin fin de utilidades. "Nosotras somos descendientes de estos inmigrantes", define Sofía con simpleza. "Mamamos su esfuerzo y trabajo, por eso hoy intentamos revalorizarlo".

No fue fácil obedecer este mandato. Las artesanas que ellas admiraban año a año en la Feria Nacional de Artesanías de Colón ya rondan las seis décadas y llevó su tiempo orquestar los primeros encargos. "Allá había que dar con las tejedoras y bordadoras que interpretaran nuestras condiciones de trabajo en cuanto al color, terminaciones y diseño. Mientras que en Buenos Aires nos quedaba la ardua tarea de introducir en la clientela local, acostumbrada a los tejidos llegados de Oriente, el valor artesanal de estas piezas que a veces pueden llevar semanas de trabajo", explica Sofía.

El esfuerzo, sin embargo, funcionó y su línea de mantas, pies de camas, alfombras, caminos, fundas de almohadones, ruanas, ponchos y chalinas, es cada vez más grande.

Técnica milenaria

El proceso de elaboración de estos tejidos se inicia con la esquila misma de la oveja. Una vez que se obtiene el vellón, se procede al hilado en forma totalmente artesanal respetando las técnicas originales. La lana se lava también a mano. Parte es teñida con tonos naturales elaborados con distintos tipos de frutos, hortalizas, raíces y cortezas silvestres. Finalmente, las lanas se colocan en un telar horizontal a pedal. Por último, algunas se bordan, también a mano, logrando que los motivos sean idénticos del derecho y del revés.

Valor agregado

"Sin duda, el principal es el diseño. Los distintos pie de poule o punto flor, arroz o zigzag, entre otros, combinados de forma especial o con distintos pespuntes o bordados. Y por supuesto, el manejo del color. La búsqueda de combinaciones y tonos diferentes que se logran con elementos naturales como la cáscara de cebolla que deviene en un amarillo fuerte, la nuez que da un color salmón o la corteza de yerba mate con la que se logra el verde seco. En síntesis, ellas aportan su virtuosismo milenario y nosotras el diseño actualizado", dice Sofía. Que con su hermana aprendió a rescatar un rico oficio de un pasado no tan lejano. ■

Panza Verde: 4555-4586, 15-5002-6750, panzaverdeonline@hotmail.com

